

MANUEL ANDÚJAR COMO CRÍTICO E HISTORIADOR DE LA LITERATURA *

Genara Pulido Tirado
Universidad de Jaén

RESUMEN: En el presente estudio se aborda la faceta de crítico e historiador de la literatura del escritor jienense Manuel Andújar. Esta parcela de su actividad intelectual es una de las más desconocidas ya que sus ideas sobre obras literarias y autores no siempre aparecen en trabajos monográficos o especializados. Como autor exiliado, su interés literario se decanta hacia el exilio y los escritores exiliados, así como hacia autores clásicos que pueden ser, en la especial coyuntura histórica que le tocó vivir, emblemáticos de la situación de ese momento y ejemplares de cara a esa otra realidad nacional que pretenden alcanzar los escritores republicanos exiliados en el 39.

PALABRAS CLAVE: Manuel Andújar, exilio español de 1939, exilio en Méjico, República, revista *Las Españas*, crítica literaria, historia literaria, literatura memorialística, mestizaje.

ABSTRACT: In the present paper we set out to study the facet of literary critic and historian of the writer from Jaén, Manuel Andújar. This aspect of his intellectual activity is one of the least known, since his ideas on literary works and authors do not always appear in specialized works and monographies. As an exiled writer, his literary concern slants towards exile and exiled writers, as well as towards classic writers who, on account of the special historical circumstances they lived through, may be considered emblematic of that situation and exemplary in respect to that new national reality which the exiled Republican authors aimed to attain in the year 1939.

KEY WORDS: Manuel Andújar, 1939 Spanish exile, exile in Mexico, Republic, journal *Las Españas*, literary criticism, literary history, memorialistic literature, mestizo.

Manuel Andújar es uno de los más destacados representantes del exilio literario español del 39. Su vida estuvo marcada primero por su compromiso político, que se manifiesta tempranamente, su filiación izquierdista y el apoyo a la República y, después, por el exilio en México que dura desde 1939 hasta 1967, año de su vuelta a España. Escritor de amplia y rica producción literaria, el hecho de que ésta fuera escrita, en su mayor

parte, fuera de España ha motivado la falta de un reconocimiento pleno y merecido, sobre todo en su faceta de narrador, que es la que destaca más claramente. Andújar fue además dramaturgo, poeta, crítico y ensayista. De su faceta de crítico literario nos vamos a ocupar en estas páginas ya que es en este ámbito en el que el escritor de La Carolina muestra más claramente sus afinidades literarias y la peculiar forma que tiene de concebir la historiografía literaria del exilio, terreno éste en el que casi todo está aún por hacer, si exceptuamos trabajos dedicados a figuras puntuales que han sido incorporadas a la historiografía nacional.

Germán Gullón, en un trabajo dedicado al ensayo en el exilio español de 1939, ofrece una valiosa síntesis de la aportación crítico literaria que llevan a cabo los exiliados, a los que divide en dos generaciones: «Críticos con producción anterior a 1939» y «Críticos con actividad posterior a 1939», aunque no deja de mencionar a los «Críticos que en 1939 no habían pasado de la adolescencia». La idea presente en muchos investigadores de que lo mejor de la literatura española durante el periodo de la posguerra se escribió fuera de España la repite aquí Gullón para la crítica literaria: *«Las comparaciones, se dice, son siempre odiosas. Especialmente lo serían las establecidas entre lo que se escribió en la España de posguerra y lo escrito fuera de ella. Circunstancias muy diferentes ocasionaron posibilidades de trabajo también distintas. Sin entrar en el estudio de la cuestión, me contentaré con decir que en cantidad y calidad la obra de los exiliados supera a lo que se hizo en la patria. La gran crítica de la literatura española fue la entonces en la emigración, tanto en su tendencia histórico-erudita —Américo Castro, Vicente Lloréns, Homero Serís—, puramente filológica —Tomás Navarro Tomás—, o de otro tipo: Joaquín de Casalduero, Guillermo de Torre, Antonio Sánchez Barbudo, Pedro Salinas, Manuel Durán, Jorge Guillén, Carlos Blanco Aguinaga, Francisco Ayala y los demás...»* (GULLÓN, 1977, págs. 249-250).

Entre la numerosa nómina de críticos que ofrece este autor destacan abundantes escritores, hecho que responde a la realidad del momento: son los mismos escritores los que, además llevar a acabo una importante aportación en el campo de la narrativa, la poesía o el teatro, se ocupan de ejercer la actividad crítico-literaria, bien en forma de ensayos que se publican de forma independiente, bien en forma de artículos que aparecen en distintas publicaciones periódicas. Destacan, por tanto, dos condicionamientos claros: el exilio que pesa sobre todos ellos y el hecho de ser «juez y parte», esto es, escritores y críticos, elementos ambos que no podemos olvidar en ningún momento y menos en relación a Manuel Andújar, que tempranamente empieza a ejercitarse en este campo y no

sólo desde las páginas de *Las Españas*¹, donde reseña y habla de numerosas obras literarias, sino también en ensayos más extensos que dedica a escritores que le resultan especialmente afines desde una perspectiva literaria o ideológica. Aunque nuestro autor estuvo siempre vinculado al mundo editorial, nunca formó parte del mundo académico, hecho que se transparenta claramente en su actividad crítica.

Manuel Andújar empieza a escribir crítica literaria tempranamente y lo sigue haciendo hasta su muerte. Esta actividad no le ha sido reconocida hasta el momento, tal vez por el carácter peculiar de sus críticas o por el hecho de que desempeñara su labor al margen de la universidad. Él, sin embargo, la sitúa en un lugar importante dentro de su producción intelectual, como se deduce de las declaraciones que realiza a Gerardo Piña-Rosales (1988, pág. 131): «*Las obsesiones sociales y personales de mi repertorio temático –vida/muerte; soledad/compañía; corporeidad/inefabilidad; cotidianidad y trascendencia– comparecen en los diversos géneros. El orden ha sido: narrativa larga y corta, crítica, ensayo, teatro, poesía. No soy capaz de una fijación claustral. Aguardo a que se me ofrezcan propuestas, que me servirían de orientación*».

Que la crítica literaria de este autor tiene que calificarse de militante e inmediata es innegable. Estos calificativos han sido utilizados con frecuencia como sinónimos de «crítica periodística», esa otra crítica que se ejerce al margen de la universidad y que se viene produciendo de forma paralela a la académica desde el siglo XVIII. Ahora bien, Manuel Andújar no escribe la mayor parte de su producción crítico literaria en suplementos periódicos, sino en revistas literarias de gran prestigio como *Las Españas*, *Cuadernos Americanos*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *El Urogallo*, *Arbor*, *República de las Letras*, *Ínsula* y un largo etcétera².

¹ *Las Españas* es una revista creada en México en 1946 por Manuel Andújar y José Ramón Arana. Tanto por su calidad literaria como por su compromiso político se convierte muy pronto en una de las publicaciones más importantes del exilio español del 39. Sobre esta publicación se puede ver la rememoración que realiza de su historia Manuel Andújar (1976) y el estudio de Valender y Rojo Leyva (1999).

² Sobre la crítica militante, ver Pulido Tirado (2000-01). A la crítica periodística, militante o inmediata se alude con distintos nombres como reseña, glosa, comentario, recensión, artículo crítico, etc., y tiene como objetivo principal orientar, informar y juzgar. Frente a la crítica académica, que se produce más lentamente y tiene la vocación de perdurar en el tiempo, la crítica inmediata aspira, en primer término, a actuar de mediadora entre el escritor y el lector. La actividad de Manuel Andújar puede calificarse de crítica inmediata o militante porque el autor es consciente en todo momento de que influye o desea influir sobre el lector, al que ofrece una visión propia (declaradamente subjetiva, ideológica) de las obras y autores literarios en los que centra su atención. Sin embargo, la profunda preparación de Andújar así como el ejercicio riguroso y recto de esta actividad han motivado que sus trabajos de crítica literaria hayan conservado su valor más allá del tiempo en que fueron escritos.

Al contrario que otros compañeros de exilio (Francisco Ayala es un ejemplo muy significativo de inquietudes en este campo), Manuel Andújar, que se ve envuelto en una época especialmente conflictiva y rica para la crítica literaria, no se manifiesta desde un punto de vista teórico más que una vez y de forma un tanto peculiar, como se deduce del título del trabajo: «En torno a la crítica literaria, marginal e informalmente» (1975), que se plantea como un diálogo entre un «ilustre» catedrático, un crítico periodístico, un novelista, un estudiante de biológicas y un lector.

El catedrático y el crítico se hacen eco de un debate en torno a la crítica y, aunque saben que pertenecen a ámbitos distintos, se reconocen igualmente afectados por el citado debate. Es el estudiante el que ofrece una tercera posibilidad frente a la crítica académica y a la periodística: «La «crítica de escritor», de colega, que ofrece, al menos para mí, ángulos ópticos y perceptivos diferentes, dignos de tenerse en cuenta» (ANDÚJAR, 1975a, pág. 39).

El lector cree que la crisis afecta a toda actividad crítica, la cual se ha visto condicionada por un pasado lleno de conflictos que la han hecho reacia a la revisión crítica. Frente a las visiones que representan e interesan al catedrático, el crítico y el novelista, es el estudiante el que plantea una de las cuestiones más importantes: «¿Arte o ciencia, pues? ¿Saber organizado, cuantificado y clasificado? ¿O predominio de la «sensibilidad» y de las quisquillosas del gusto argumental, estilístico, etc.?» (ANDÚJAR, 1975a, pág. 40).

El lector apunta a otra no menos importante, la libertad; en la carencia de libertad en España y los resultados negativos de este hecho coinciden catedrático y novelista. La reflexión se impone, y no sólo en el ámbito académico, reivindica el crítico, al igual que la variedad; el novelista, en cambio, hace hincapié en la imaginación literaria, que ha de darse también en la crítica; el lector señala la ausencia de organismos que inciten y promuevan la lectura. La puesta en común tiende a unificar posiciones:

«CRÍTICO.- Los de mi cuerda seríamos «un enlace» orientador, puente –ingeniería al canto– entre los doctos y esos grupos futuros, espontáneos, alentadores.

NOVELISTA.- ¡Bien quisiera yo identificarlos, visualizarlos!

CATEDRÁTICO.- ¡Si a todos nos moviera el constante anhelo de amonorar, hacendando y transmitiendo trabajo y vocación, el manifiesto rezago de la literatura española!

LECTOR.- ¿Colaboraríamos «nosotros»?

CRÍTICO.- Redactaré un comentario alusivo. Sintomáticamente, el cónclave lo merece. Todavía no cierran mi página en el jacarandoso semanario» (ANDÚJAR, 1975a, pág. 42).

Afán conciliador, pues, bajo la mirada estupefacta de la bióloga, que no ha intervenido en el diálogo. Sobre la posibilidad práctica de que tal acuerdo se produzca nada sabemos ya que no conocemos ese trabajo que va a redactar el crítico para someterlo a debate en el próximo encuentro. Ni que decir tiene que trazado este panorama Manuel Andújar se siente identificado con el novelista, pero si leemos sus trabajos no podemos negar la presencia de buena parte de las características que encontramos en la crítica periodística.

Aunque Andújar ya se había estrenado como crítico en la revista creada por él mismo junto a José Ramón Arana *Las Españas*³, el 4 de noviembre de 1949 da una conferencia en el Ateneo Español de México que, por su interés, se va a publicar ese mismo año. El tema es muy afín a las inquietudes del autor en esa época, *La literatura catalana del destierro*⁴, tema que le permite tratar la cuestión del exilio, de la literatura, y del federalismo en España. La íntima interconexión existente entre política y literatura aflora desde el inicio del ensayo: «Yo no soy, al modo quietista y socarrón, un «imparcial» frente al llamado problema de Cataluña. Partidario fervoroso de una solución federal para la estructura fecunda de nuestro país, para la armonía creadora de los pueblos peninsulares, para su unión real y profunda, la manera de ser del antiguo Principado, en la compleja gama de sus dimensiones, me importa apasionadamente...[...] Línea de conducta –de sensibilidad y concepto asimismo– que cabe aplicar a Vasconia, a Galicia y, como perspectiva tesorera de una acción, y de un ideal, a Portugal» (ANDÚJAR, 1949, págs. 7-8).

El trabajo se divide en partes claramente diferenciadas (y consecutivas): reivindicación de Cataluña y lo catalán, importancia del idioma, temática de la literatura catalana, ruptura del exilio, y comentario, a veces muy detallado, de los autores y obras que el crítico considera más significativos de la literatura catalana en el exilio. En lo que se refiere al idioma, y frente a quienes no entendían el empeño de escribir en catalán por carecer este idioma de valor universal y por tanto restringir la creación literaria, Andújar reconoce en la lengua un vehículo de expresión de

³ Con anterioridad nuestro autor había publicado trabajos de distinta índole, pero en todos los casos marcados por sus inquietudes políticas, no literarias. Había sido editor y administrador del órgano de las Juventudes Socialistas de Cataluña en los años treinta. Tras estallar la Guerra Civil, y en Lérida, colabora en el periódico *UHP (Unios, Hermanos Proletarios)*, donde escribe una columna diaria, «Paréntesis». Al volver a Barcelona los líderes del PSUC le piden que colabore en *Las Noticias*, donde desempeña una importante labor política durante un año y hasta que tiene que exiliarse a Francia.

⁴ Sobre la presencia e importancia de los catalanes en el exilio, ver el balance y la reseña crítica que realiza Albert Manent (1998).

costumbres, cultura, geografía, paisaje..., identidad propia en definitiva a la que los catalanes no debían renunciar pues, haciendo grandes aportaciones en catalán, hacían también grandes contribuciones a la cultura universal. La temática no dista de los escritores que escriben en español: el exilio, la derrota, la indefensión...; no extraña, pues, que también ellos elijan formas literarias de carácter subjetivo en ese momento crítico como las memorias o el diario en los que *«de la palabra directa, cálida y desaliñada, se perfila, por vez primera, una visión en perspectiva de la patria»* (ANDÚJAR, 1949, pág. 12).

Los escritores catalanes en el exilio que se tratan son Agustín Bartra, que es considerado como el escritor más significativo del exilio, aunque su obra sea desigual; de él se destaca su procedencia de clase obrera catalana y Andújar retoma poemas como «Xabola», sobre los campos de concentración, «Oda a Cataluña desde los trópicos» o «Requiem», poemas que se comentan en función de la peculiar visión que dan del exilio y la nostalgia de la tierra catalana perdida. «Las formas de la vida catalana» de José Ferrater Mora es el texto teórico que sirve a nuestro autor para explicar distintos escritos literarios; recordemos que Ferrater Mora señala en este escrito que los pilares de la idiosincrasia catalana son el «seny», la mesura y la ironía. Como ejemplo de la importancia que adquiere el paisaje se cita la «Geografía espiritual de Catalunya» de Bladé Desumvila, que transcribiría las teorías de Francisco Pujols según las cuales entre la España imperial de Castilla que aspiró a la unidad religiosa y la Francia imperial que, por el contrario, aspiró a la libertad religiosa, Cataluña estaba a punto de aliar la religión única a la que espiraba Castilla con la religión libre de Francia; en Dusemvila se deja entrever, con enorme lirismo, la variedad del paisaje catalán. Doménech Gansé destaca por sus «Retratos literarios» y Rafael Tassi i Marca escenifica la historia de Cataluña con sus hombres y acontecimientos.

La vitalidad del cuento la confirma Andújar citando a autores como Bartra, Ana Muriá, Vicente Riera Llorca, Ramón Vinyes y José Roure-Torrent. Comentario más extenso merecen Mercé Rodoreda, entonces escritora muy joven cuyos cuentos no habían sido publicados de forma conjunta, Pere Calders, Xavier Berenguerel, Marius Toares, muerto a los 32 años, Pere Quart, escritor de nostalgias, y Alexandre Plana, paisajista. Como los representantes con más futuro de la novela catalana se citan Víctor Catalá y Puig i Ferrater; la novela era un género que gozaba de gran aceptación, junto al cuento y la poesía; el ensayo y el teatro, por el contrario, no los cultivaron los catalanes exiliados. La ausencia de teatro, que podía justificarse por la indiferencia de público y lectores, resulta

extraña a Andújar, que señala la actividad editorial e incluso de música folklórica de los catalanes republicanos, pero no la fundación de ningún grupo experimental de teatro, campo en el que tenían ya una tradición importante. Más grave es, a su juicio, la ausencia de cultivo del ensayo de forma continua y sistemática, una explicación posible podía ser, en opinión del crítico, la obligación a la que se vieron sometidos distintos autores de aceptar el castellano como idioma instrumental. Para terminar, dos patriarcas interesados en apoyar a las nuevas generaciones y en mantener la tradición: José Carner y Luis Nicolau d'Olwer.

En suma, Manuel Andújar nos ofrece una amplia panorámica de la literatura catalana del destierro en cincuenta páginas plagadas de nombres que se seleccionan en función de la importancia que se les atribuye. La abundancia de escritores impide adentrarse en el análisis pormenorizado de cada uno de ellos, de los que se señala lo que se considera más distintivo y característico de su obra. Los comentarios de obras concretas, con las correspondientes citas, sólo se producen en el caso de los poetas y cuando se están citando poemas que al crítico le parecen especialmente significativos de la literatura del destierro en algunos de sus aspectos más destacados. El objetivo, mostrar primero la existencia y luego la importancia de la literatura catalana producida en el destierro, se logra, aunque en una visión general que, por lo sintética y temprana que es, necesita, lógicamente, un desarrollo mayor.

Una obra posterior, y de mayor extensión, es *Grandes escritores aragoneses en la narrativa española del siglo XX* (1981), obra que, al centrarse únicamente en tres autores, Benjamín Jarnés, Ramón J. Sender y José Ramón Arana, hace posible que Andújar sea más explícito, que se extienda más, lo que nos permite ver la concepción peculiar y flexible que tiene nuestro autor de la práctica crítico literaria. No en vano aclara en unas palabras preliminares a la obra: «*Los estrictos estudios críticos –de académica roturación, que en las excelencias ajenas tanto aprecio– no son de mi competencia, y menos aún de mi competencia. La mera aproximación biográfica, salpimentada por los pertinentes indicativos antológicos, amenazarían relegar valores artísticos generales y las respectivas significaciones videntes, término que empleo sin ambages, pues en toda convicción donde el verbo impera se registran vibraciones proféticas, en mayor o menor grado*» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 8).

La obra responde fielmente a esta declaración inicial de principios en un libro que bien puede adscribirse a lo que en el artículo sobre la crítica antes citado Manuel Andújar llamaba «crítica de novelista», es

decir, crítica de un gran conocedor del fenómeno literario que ejerce tal actividad por la simpatía y/o afinidad que siente hacia los tres escritores objeto de estudio y que se enfrenta a sus obras desde una óptica marcadamente personal y subjetiva. En este «tríptico» se recogen claramente tres registros críticos, cada uno presente en un autor distinto: la consideración de un escritor como representante de una generación literaria y de un ambiente cultural determinado, en Benjamín Jarnés; la fascinación de un escritor exiliado por América y esa realidad fundamental que es el mestizaje, en R. J. Sender; y, la evocación del hombre y el escritor en tanto que amigo y en forma de epístola en el caso de José Ramón Arana. Y, ni que decir tiene, los tres escritores fueron víctimas del exilio. Por eso Manuel Andújar no puede dejar de avisar: «*Difícilmente –salvo en una mera figuración hipotética– pueden apreciar los jóvenes españoles de hoy y sus inmediatos, maduros antecesores, unos y otros condicionados, a colmadas dosis de sumisión o rebeldía, por las derivaciones seudoculturales del franquismo, la significación e influencia, a lo vivo y no a lo simulado, que ciertos pensadores y escritores irradiaron en la época que generó la República y en el transcurso de ésta, renacimiento general quebrantado por la guerra civil y el doble exilio exterior e interior*» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 13).

Jarnés es una figura sumamente atractiva en tanto que biógrafo, narrador, ensayista y crítico que pasa de la vanguardia al exilio con todo lo que ello supone de ruptura drástica. Andújar quiere reivindicar la figura del compañero de exilio –lo fue en el Sinaia⁵ y después colaboró en *Las Españas*– destacando el magisterio artístico ejercido en España y la gran precisión idiomática de su obra. El crítico llega a ver la modernidad de Jarnés, pero, recurriendo a su *alter ego* crítico «Andrés Nerja», tiene que justificar forzosamente la adscripción del autor aragonés al que Ortega y Gasset (1925) llamara «arte deshumanizado»: «*Porque [...] se han de sumar a los convergentes motivos de su neto liberalismo, el factor, muy gravitante a mi juicio, de que la oficial defensa jarnesiana de la «deshumanización del arte» implicaba ya, para un observador perspicaz de sus ensayos novelísticos y de sus dictámenes críticos, una honda preocupación por el prójimo, asaz corporeizado también, respecto al semejante, para los que propugnaba, según táctica antidogmática de insinuaciones y propuestas, los fueros de una dignidad*

⁵ El Sinaia fue uno de los tres barcos, junto al Ipanema y el Mexique, que trasladaron los exiliados españoles que estaban reclusos en distintos campos de concentración desde Francia a Hispanoamérica. En el Sinaia viajó Andújar junto a otros autores tan conocidos como Benjamín Jarnés, Pedro Garfías o Juan Rejano, que llegaron al Puerto de Veracruz, donde recibirían una excelente acogida gracias a la política del Presidente Cárdenas que hizo de México uno de los países que mejor recibió a los exiliados españoles. Sobre la vida durante la travesía y las inquietudes políticas e intelectuales de los pasajeros, ver *Sinaia. Diario de la Primera Expedición de Republicanos españoles a México* (1939).

ética y estética individualmente encarnada, y sin la cual, las restantes, contiguas o presentes, son inconcebibles e inviables» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 19). Porque de toda la revolución vanguardista Manuel Andújar había asimilado sólo los logros estilísticos pronto consolidados, se siente obligado a destacar el carácter humano de la deshumanización jarnesiana, a pesar de que en 1981 ésa era ya una cuestión superada en España pues tras los primeros años de posguerra tanto las vanguardias como las teorías orteguianas habían sido aceptadas en su contexto y con el sentido concreto que portaron. Y es que el compromiso histórico del autor le impide sin duda apreciar, y hasta aceptar, una literatura que no pueda leerse y entenderse en función del interés de los oprimidos y desposeídos. A partir de esta aclaración inicial el crítico nos cuenta la vida literaria y personal (hasta las enfermedades, y amigos, muchos amigos) de Jarnés, comenta detalladamente –en amplia antología– fragmentos o detalles que considera especialmente significativos de sus obras, incluye cartas y no olvida aludir a su etapa mexicana (su pertenencia al Ateneo, su colaboración en revistas como *Plural* o su relación con personalidades destacadas como Octavio Paz). Aunque resultan innegables las filias jarnesianas: Ortega como pensador, Juan Ramón como poeta, el crítico no desecha la hipérbole al atribuir al escritor catalán la posible invención del *nouveau roman*. Como telón de fondo siempre el intento de justificar lo injustificable, o lo que es lo mismo, hacer de Jarnés el escritor comprometido que nunca fue: «A una época tan conflictiva y agitada sometía su neta consagración literaria. ¿Podemos estimar, en coordenadas, que su liberalismo se mantuvo siempre «aséptico», distante? Juegan, para este complejo y arriscado emplazamiento, su carácter pacífico y convivencial, su manifiesto anticlericalismo y su cosmovisión escéptica y paganizada, de individuales pivotes éticos, en desacuerdo con los postulados y normas peyorativamente castrenses, a su juicio y a trechos incubación del absurdo» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 28).

Con Ramón J. Sender el crítico Andújar sigue otra estrategia: resaltar en su obra el interés por la cultura americana indígena como elemento determinante, si bien no niega otros elementos como el retrato de los primeros años de la República, el movimiento obrero cenetista, las manifestaciones en contra de la guerra y el rechazo de golpe militar que desembocó en la Guerra Civil. En este sentido, Andújar da cuenta fielmente de las investigaciones que desembocaron en *Mexicayólt* (1940) de Sender, recopilación de nueve narraciones en las que se da cuenta de lo específico prehispánico y se siembra la duda sobre la Conquista. El arte, las costumbres, la historia de la conquista, la esclavitud, detalles puntuales de la cultura, la naturaleza, modismos lingüísticos..., constituyen para el crítico la

gran aportación de Sender a una teoría del mestizaje⁶: «Sin propósito de teoría sistemática, a mi entender, Sender nos ha deparado, mediante sucesivas entregas, la ficción-verdad, las observaciones en convergencia y las encendidas paradojas de uno de los mestizajes más complejos y trascendentales» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 102).

Comentadas hasta la saciedad y en sus más nimios detalles las obras de temática americanista, Andújar tampoco evita aquí el elogio desmedido cuando le atribuye a Sender el mérito de haber sido el cultivador primero del «realismo mágico» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 126). Para terminar, una declaración de intenciones críticas logradas para evitar cualquier reproche, como el olvido de toda la obra de Sender que no se inscribe en este ámbito: «Intenté, desde el ángulo perceptivo y valorativo de mi experiencia, presentar un panorama existencial, no libresco, de los motivos y preocupaciones que pueblan los relatos y novelas de Sender cifrados en el Nuevo Mundo. // De 1939 a la fecha, en notoria colisión ardiente con su destierro, Sender ha creado –paradojas y contrasentidos incluidos– una de las más significativas cosmovisiones de las tierras fronterizas, al norte y al sur del río Bravo, más proyectadas hacia el continente de hablas hispánicas, muy fijadas al remoto ayer y a la persistida idiosincrasia, costumbres, mentalidad y temperamento de los mexicanos» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 155).

La tercera parte de la obra, dedicada a Arana, nos da pistas inequívocas de su carácter desde el título mismo: «Epístola a José Ramón Arana, amigo y compañero. Domicilio conocido, en la Ciudad del cielo». Andújar recurre ahora a la epístola⁷, forma en la que se desenvuelve con gran soltura. Hablar de Arana, por la profunda amistad que lo unió a él, es hablar de sí mismo, y muerto ya el entrañable compañero, hacer balance

⁶ El mestizaje es una preocupación que aparece tempranamente en Andújar. En su novela *Cristal herido*, publicada en 1945, da cuenta del mestizaje mexicano. En una etapa madura de su trayectoria intelectual va a teorizar sobre este fenómeno, que está siempre presente en su obra. En los ochenta destaca la peculiaridad cultural de Andalucía e Hispanoamérica, que no es otra que su carácter mestizo. En lo que se refiere a Andalucía, su visión histórica predomina: «Factores disgregadores y aglutinantes, de modo alternativo, que apuntan el mestizaje andaluz (¡nada de «cristianos viejos»!), que es confrontación y cópula de sangres, de razas –en rotundo plural– y de estela de civilizaciones y de «modalidades culturales» (ANDÚJAR, 1981b, pág. 8). El mestizaje, en cualquier caso, se aborda como un fenómeno que encierra dificultades: «El mestizaje, siendo pendular humano de vivificante intercambio, de simbólica constatación, constante latencia de procreación violenta, infunde un sentir y un querer de índole conflictiva» (ANDÚJAR, 1981b, pág. 9). Ver, sobre este tema, Pulido Tirado (2005).

⁷ La epístola va a ser una forma discursiva fundamental en la trayectoria intelectual de nuestro autor. En principio es vehículo de expresión de la realidad de la guerra y el exilio, así lo pone de manifiesto la selección de cartas publicadas en *Cartas son cartas* (1966). Es también una forma de expresión de ideas crítico literarias que se exponen de una forma radicalmente distante a la que encontramos en la crítica académica de la época, lo que le da a sus escritos un tono informal y cálido que no es motivo para descalificar el juicio crítico.

de una vida marcada en ambos casos por el destierro: «Tú y yo, clasificados inequívocamente en la generación –popular– de la guerra y de los exilios, somos, y de ahí las contradicciones superficiales, Hombres-españoles de paz. Y quizá lo fuimos en todo momento, hasta en los trances dramáticos de general encono» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 160).

Las discrepancias habían aparecido en la relación amistosa, Arana había abandonado la creación literaria por la actividad política con el consecuente reproche del amigo, pero la reconciliación llega porque desde la fundación conjunta de *Las Españas*, la preocupación por el país materno y sus problemas, con sus injusticias y desigualdades, el rechazo al franquismo o la añoranza que sienten en México son elementos que los unen en una fraternal relación. *El cura de Almuniaced* es una de las obras que Andújar más alaba de Arana; cuando se publica, tras sufrir la censura y por las gestiones realizadas por Andújar, él mismo le escribe un Prólogo sumamente elogioso. Tras la vuelta del escritor jiennense a España son las cartas las que siguen constituyendo un nexo de unión fundamental, por eso reproduce abundantes fragmentos en esta parte del libro, que llega a constituirse en una antología epistolar. *Can Girona* es otra obra que goza del pleno aprecio de Andújar. Trazada la biografía, a veces personal, a veces literaria, ya de Arana, ya del mismo crítico que escribe, queda la común vivencia dolorida: «Esta manera de ver, clara a mi juicio, no implica entrega, por mi parte; no me entregaré nunca. La nuestra es una verdad en nosotros, por lo menos, y ¡quién sabe!, si no es atisbo o presentimiento de una verdad mayor. La petulancia cientifista, el mal saber, el tomar la parte presuntamente sabida por el todo, ha llenado, está llenando, por una parte de soberbia, por otra de angustia que empuja a dimitir todas las categorías alcanzadas tan gloriosamente» (ANDÚJAR, 1981a, pág. 229).

Signos de admiración es un libro en el que la crítica literaria tiene una presencia destacada, pero, por la variedad de registros presentes en él, lo veremos más adelante. Lo que no podemos dejar de mencionar aquí es que si la crítica que ejerce Manuel Andújar es personal, subjetiva y hasta arbitraria, lo es conscientemente, una crítica de quien es escritor y por tanto se permite elegir los temas que quiere y tratarlos como le dicta su corazón (o sea, su ideología); además, amigo de sus amigos, jamás va a perder el tiempo con escritores que no le interesan y que simplemente ignora porque otra cosa habría resultado contradictoria con la idea latente de que toda actividad crítica tiene un carácter reivindicativo y, en consecuencia, laudatorio, positivo.

Es de destacar también que más que en los escritos extensos nuestro autor ejerce mejor la actividad crítico literaria en textos de extensión

reducida que le obligan a condensar las ideas y eliminar, al menos en parte, las divagaciones personales y las apreciaciones a veces excesivas. Que (casi) siempre eligiera como objeto estudio a escritores exiliados es una forma parcial de proceder, pero acertada en el fondo ya que él escribe de lo que conoce y, sobre todo, de lo que le inquieta y preocupa durante toda su vida. Y éste es uno de los méritos y el principal rasgo definitorio de la crítica literaria andujariana. *Signos de admiración*, como se ha dicho ya, es un libro plagado de condensadas y acertadas críticas de escritores literarios. Pero Andújar dedica a la actividad literaria otros trabajos, artículos, en los que pone de manifiesto su agudeza crítica más allá del partidismo que nunca dejó de practicar, y es esta capacidad de penetrar en el fenómeno literario la que otorga validez a su producción más allá de la valoración personal o subjetiva.

Un caso especialmente significativo es el artículo «Narrativa del exilio español y literatura latinoamericana: recuerdos y textos» (1975), en el que pone al servicio de la crítica literaria su experiencia personal del exilio, el cual no deja de valorar, no lo hará nunca, en unas dimensiones mayúsculas: «*El exilio español del 39, de origen y cercén políticos, ideológicos, el más amplio y hondo de nuestra historia, por ser el infausto resultado de una prolongada y terrible guerra civil, es el de mayor proporción, cualitativa y cuantitativa, en núcleos de eminencias culturales, intelectuales, literarias*» (ANDÚJAR, 1975, pág. 63).

La cantidad y variedad de los escritores exiliados (Generación el 27, grupo de *Hora de España*, jóvenes que van a empezar a escribir en tierras americanas...) parece dificultar la labor de contrastar la producción de los escritores españoles con la de los escritores mexicanos, pero tal relación existe, y el desafío crítico consiste precisamente en determinar la influencia mutua que pudo darse entre ambas narrativas: «*Coexisten, en esos años, dos estilos artísticos y vitales distintos, en una coyuntura sólo igual, para ambos, en la superficie.// Salvo excepciones, cuando algunos narradores del exilio español procuran aprehender, en pesquisa propia de lo americano, la realidad en derredor, su temática retorna, pronto, al pretérito inmediato: la guerra civil, la derivada meditación rigurosa de España, la búsqueda y enmarque de los valores humanísticos a su sentir democrático esenciales. [...]*// *De nuestra parte, su narrativa en proceso sirve, in situ, para contrarrestar las imágenes directamente percibidas y su transmutación literaria, que exhala una luz caladora. [...]*// *En lo que a la novela y al relato mexicanos atañe –continuamos el pareado– la bullente vecindad de la narrativa española del exilio, con su tradición recién trasplantada y su denso repertorio colectivo, ¿no habrá sido acicate para la manifestación de recias personalidades?»* (ANDÚJAR, 1975b, pág. 66). El

estudio se realiza a través de casos concretos como la obra de Ramón J. Sender, Max Aub, Elena Garro, Demetrio Aguilera-Malta, la propia obra andujariana *Partiendo de la angustia*, Ramón Gómez de la Serna y Rosario Castellanos, forma de proceder que encontramos siempre en Andújar para quien los fenómenos críticos sólo existen y son teorizables tras ser contrastados en las obras de distintos autores.

Un caso similar es el que se produce en «Memorias españolas» (1984), extenso artículo en el que el autor jiennense aborda uno de los temas más interesantes y constantes del exilio literario del 39: la necesidad que se da en abundantes escritores de escribir sus memorias (a veces cercanas a la biografía o la autobiografía, otras a la crónica)⁸. Andújar nota el gran cultivo y la extensión que se produce en el género memoria-lístico a partir del 39, y él contempla únicamente las memorias de escritores y artistas, nunca la de otras personalidades destacadas pertenecientes a diferentes ámbitos de la vida pública. En todas estas obras se detecta una constante: «*Aparte de los personalísimos enfoques, propósitos, temas y estilos, tiene un valor significativo el hecho de que en este haz predominen los moldeados y situados por el exilio, en un sentido u otro: identificación y desasimilación*» (ANDÚJAR, 1984, págs. 63-64). La nómina que se nos ofrece de obras de este tipo es completa y variada, desde Rosa Chacel, María Teresa León, María Casares y Rafael Cansinos-Assens hasta Corpus Barga, Moreno Villa, Francisco Ayala o Rafael Alberti. Los registros son diferentes, de ahí que el análisis crítico no pase por alto la difícil conceptualización del género de las memorias, fronterizo en la práctica tantas veces con la biografía o autobiografía, el retrato o autorretrato, y la narrativa. Aunque Manuel Andújar no llegó a escribir sus Memorias, tal como tenía previsto, gran parte de su obra tiene un carácter memorialístico.

Muy distinto es el libro *Signos de admiración* (1986), donde no dejan de plantearse los temas que hemos ido viendo en estas páginas, pero en un tono diferente, como corresponde al de unos artículos aparecidos en distintas publicaciones periódicas (en otros casos son conferencias inéditas o prólogos de libros) y recogidos después por Santos Sanz Villanueva. En todos los escritos destaca su tono crítico, de hecho la mayor parte de trabajos recogidos está dedicada a escritores, una más reducida a artistas y sólo tres a políticos. Ha sido el mismo Sanz Villanueva el que ha puesto de manifiesto las características más destacadas de la obra: «*curiosidad*

⁸ Sobre la llamada escritura subjetiva o del yo existe abundante bibliografía, para delimitar (hasta donde es posible) y entender su sentido fundamental, ver, entre otros, Lejeune (1973), Prado Biezma, Bravo Castillo y Picazo (1994), y VV. AA. (1991).

intelectual» (SANZ VILLANUEVA, 1986, pág. 8) y «carácter reivindicativo» (SANZ VILLANUEVA, 1986, pág. 9); en suma, Santos Sanz la caracteriza adecuadamente: «De tal generosidad intelectual están escritos estos «signos de admiración», estas semblanzas y anotaciones en clave cordial y admirativa. Entiéndase bien que no se trata de una serie de ditirambos sino de perfiles que, suspendido el ejercicio de la crítica, surgen de la fuente de comprensión y estimación. Otros escritores han cultivado este tipo de semblanzas contemporáneas y de inmediato nos acuden los nombres de Juan Ramón Jiménez y Vicente Aleixandre. El libro de Andújar, sin duda alguna, está más en la órbita comprensiva de Aleixandre que en la puntillosa y no siempre ecuánime de Juan Ramón. Añádese, además, a ese carácter admirativo el tono afectivo de algún artículo» (SANZ VILLANUEVA, 1986, pág. 11).

En efecto, en estos trabajos de Andújar hay mucho de semblanza y crítica, pero también de memorias, biografía y retrato. Es por eso que lo hemos dejado para el final, por su variedad y riqueza, pues todos los registros que nuestro autor ha usado en prosa se dan cita aquí en una escritura en la que se cruzan la crítica (literaria, artística, personal e impresionista, pero comprometida) con una profunda subjetividad que emerge a la par que la peculiar historia literaria que se nos ofrece a través de una visión de un escritor exiliado y comprometido y de los nombres que son más significativos para él.

De *Signos de admiración* lo primero que nos interesa es sistematizar la peculiar visión historiográfica de la literatura que nos ofrece el autor jienense a través de pinceladas maestras y en escritos de distinta época, publicados a lo largo de más de cuarenta años, entre 1940 y 1984. Destaca el hecho de que se centre en el siglo XX y sólo de forma puntual aluda a la tradición anterior. Dentro del siglo XX se detecta una clara inclinación crítica hacia autores con los que tiene una gran afinidad, sobre todo ideológica, esto es, haber sido víctimas de la guerra y haber sufrido el exilio. En cuanto a las voces más jóvenes, la amistad y el deseo de promocionar siempre presente, se señala la nota innovadora que puede hacer surgir la conexión con sus propias inquietudes. Veamos cómo organiza su visión de la historiografía literaria.

A. LITERATURA ESPAÑOLA

1.- LITERATURA CLÁSICA

Se alude a San Juan de la Cruz y a Cervantes a partir de una edición de las *Obras* del primero y de una revisión de obras críticas existentes sobre el segundo entre las que se destaca la obra de Ricardo Aguilera.

En «Ricardo Aguilera y el convergente retorno cervantino» (1986: 15-20) Andújar recurre a su *alter ego* (personaje novelesco primero, seudónimo después, interlocutor muchas veces) «Andrés Nerja» para realizar una crítica de las que considera «representaciones mercantiles de don Quijote y Sancho» realizadas de forma folklórica y destinadas a un consumo que, aunque próspero, no se considera literariamente oportuno. La entrada en escena de Andrés Nerja le permite al crítico, primero, recurrir a un estilo profundamente literario en una trabajo que es un balance crítico, y, segundo, apreciar sólo parcialmente los trabajos cervantinos de autores tan destacados como Américo Castro, Francisco Ayala, John Dos Passos, Angel Rosenblat o Francisco Meregalli, para alabar finalmente la obra de Ricardo Aguilera *Intención y silencio en el Quijote* (1973), en la cual, a su juicio se pone de manifiesto la genialidad de Cervantes como escritor, el auténtico valor de su obra, y además en un ensayo escrito para un público más amplio que el de los de los autores antes citados, lo que le permitirá llegar no sólo a los especialistas.

Las *Obras completas de San Juan de la Cruz* editadas en México en 1942 por Gallegos Rocafull son objeto de elogio en «Gallegos Rocafull: una edición olvidada de las *Obras de San Juan de la Cruz*» (ANDÚJAR, *ibidem*, págs.143-146). El olvido es en este caso el motivo que conduce al comentario, pero es también una reivindicación de la editorial Séneca fundada en México por José Bergamín, que contó con la ayuda experta de Gallegos Rocafull, canónigo lectoral de la catedral de Córdoba y especialista en los clásicos, en cuyo estudio encuentra Manuel Andújar un acierto destacable: «*En este sentido vivificador, el prólogo ensayístico de José Manuel Gallegos Rocafull, de nevadura ortodoxa, ofrece, sin embargo, una visión potencialmente contemporánea, apegada al siglo. Y nos incoa a una inserción de las manifestaciones de San Juan de la Cruz, por la razón indeleble de su alta espiritualidad, en la atmósfera de nuestra época, del hoy desgarrado*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 145). No es, pues, la literatura clásica la que más interesa al crítico y escritor.

2.-GENERACIÓN DEL 98-MODERNISMO

La literatura de finales del siglo XIX y principios del XX se convierte en los autores del exilio en un referente obligado. La preocupación de los autores noventaiochistas por el tema de España va a encontrar en la generación de la guerra una fiel seguidora. Pero hay además una renovación en la escritura que procede de lo que se ha venido llamando Modernismo, a la que tampoco son ajenos los escritores exiliados, y mucho menos An-

dújar, cuyas obras no sólo tienen siempre un tono sumamente cuidado, sino que a veces desembocan en un claro barroquismo. En tres figuras emblemáticas de esta época fija su atención crítica nuestro autor.

En «Pío Baroja: versiones de una visión» (ANDÚJAR, 1986, págs. 81-84) el crítico destaca la importancia que tienen los cinco sentidos tanto en poesía como en novela, pero ello no impide que existan autores que se inclinen de forma especial hacia uno de esos sentidos: en Pío Baroja, la visión. Tal apreciación conlleva una perspectiva crítica parcial, pero no por ello menos positiva: «*En Baroja, prioridad de la versión óptica, de lugares, conflictos y personajes. Asimismo impregnados de sus iris, juicios y prejuicios, filosofías y dogmas. Animado retablo de España, en crepúsculos de mayorazgos y amaneceres ígneos, de rebeldes, arquetipos de la ensoñación autobiográfica. Don Pío, impar en la soltura, destreza y economía expositivas, «pintaba» con palabras, frases y períodos*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 82). Son la independencia de la imaginación y la crítica prestancia las que el crítico considera principales legados de Baroja en un mundo que, no por ser diferente (pueblos desiertos, vida marcada por la prisa, avance de la técnica, cosificación), puede olvidar lo importante, todas esas cosas que con sus peculiares cualidades ópticas supo plasmar certeramente el «demurgo vasco».

Un carácter más global e intenso tiene la apreciación que se realiza de Machado en «Antonio Machado, creador de conciencia» (ANDÚJAR, 1986, págs. 200-207). No podemos olvidar que el poeta sevillano fue el gran mentor de los escritores de posguerra tanto dentro como fuera de España. En el exilio la editorial Séneca publica sus *Obras completas*, libro de cabecera de los exiliados según Andújar, pero tampoco podemos olvidar el homenaje que le tributara la revista *Las Españas* (1947) en el que destacados autores del exilio mexicano convierten a Antonio Machado en modelo y ejemplo a seguir. En este caso es el hombre-poeta el que se convierte en paradigmático, lo que no impide que Andújar destaque toda una serie de cualidades literarias que lo definirían como las interrelaciones existentes entre poesía y filosofía en la copla; la visión interna que se está dando en el país, la cual, destacando cuestiones importantes de su temperamento y obra, no se adentra en los elementos que presagian el trágico final; el hábil manejo del lenguaje; el mestizaje procedente de su nacimiento andaluz y su formación castellana; y la universalidad que puede otorgar su reconocimiento. Manuel Andújar habla de nuevo por boca de Andrés Nerja, pero los motivos que le impulsan a hacerlo son evidentes: «*Apunto sólo unos casos paradigmáticos, a millares de semejantes, compatriotas, extensibles. Testimonian que para los españoles de mi hornada*

y signo, de nuestra experiencia indeleble, la conjunción de valores literarios y éticos de don Antonio Machado encarna, le confieren magnetismo y representatividad. Declaración ésta principalmente referida a los ciclos de la guerra civil, del éxodo y desarraigo, que simultanearían, intramuros, los silencios y las lecturas clandestinos» (ANDÚJAR, 1986, pág. 202).

De «Juan Ramón Jiménez» (ANDÚJAR, 1986, págs. 192-195), puro, partidario del arte de minorías, sólo se puede destacar su habilidad y calidad poéticas, de ahí que el crítico cite y comente versos resaltando su carácter único, y lo que no deja de tener gran importancia, ser «una poesía exasperadamente fiel a su rigurosa condición» (ANDÚJAR, 1986, pág. 193); la autenticidad, pues, se convierte en insignia.

3.- GENERACIÓN DEL 27

La llamada Generación del 27 está constituida por un conjunto importante de escritores que, estando en plena producción literaria, sufrieron la guerra con toda su crueldad y terminaron o bien muertos (como García Lorca, al que ninguno de ellos podrá dejar de tener presente) o mayoritariamente en el exilio. Para los escritores que salen de España sin estar aún literariamente formados los miembros de esta generación se van a constituir en ejemplo y guía a seguir en todos los sentidos. La veneración que Andújar siente por ellos se deja ver claramente en la gran atención que les presta y en la forma que tiene de tratarlos y valorarlos. La selección de nombres está guiada por la personal simpatía, por lo que los escritores tienen una adscripción dispar.

En «Rafael Alberti: *Sobre los ángeles*, Paraná, Roma» (ANDÚJAR, 1986, págs. 37-45) expone sus preferencias y admiraciones personales de lector hacia la obra albertiana que le hace rememorar los tiempos anteriores a la guerra. La simpatía hacia el exiliado Alberti, el reconocimiento de un compromiso sólido, de su vasta y rica producción literaria, el recorrido deleitoso por algunos de sus poemas, y la debilidad personal hacia Alberti que no se oculta: «Elegí, pues, para sumar mi fervoroso tributo, sin pretensión profesoral alguna, libre de encorsetados críticos y presuntos dictámenes académicos, movido, sí, por la gratitud literaria que mi generación le debe, éste: que inicia su camino con el arcoirisado varillaje de *Sobre los ángeles*, relieves la florida americanidad del perceptivo y representativo exiliado y se adhiere, desde los soslayados monumentos romanos, en vísperas del regreso a la patria, a él, el gran señor de la metáfora señera» (ANDÚJAR, 1986, pág. 37).

«Una grandeza poética, humana y española: Vicente Aleixandre» (ANDÚJAR, 1986, 55-63) supone un justo reconocimiento del poeta del 27 que desde España (exilio interior⁹) se convirtió en promotor y pilar de un nutrido grupo de escritores españoles y de otras nacionalidades hasta el punto de otorgar sentido a la calificación que el crítico hace de Aleixandre, «*sistema heliocéntrico literariamente*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 58). A la admiración que muestra hacia la muy andaluza generación del 27, Andújar une su aprecio a Emilio Prados en el que ve al poeta que se encuentra más cerca de Aleixandre por lo que ambos mostraron de generosidad y apoyo a los poetas más jóvenes.

En «El exilio y Madrid en la poesía de Juan José Domenchina» (ANDÚJAR, 1986, págs. 106-122) empieza por destacar la variedad que caracteriza a la literatura del exilio y por nombrar a destacados representantes para centrarse en Domenchina, en el que se produciría: «*una entera adscripción existencial a la poética del exilio, cuando el destierro se erige en suprema razón de vida y muerte, en rima y cantilena incesantes, al igual que la reiteración de un oleaje*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 107). La vida del poeta al llegar a México, su vida de burgués medio junto a su mujer y su «renta discreta», las esperanzas compartidas con otros exiliados desde el trabajo incesante que se realiza en México constituyen el marco de unos poemas que se recogen como ejemplo de un lírico sentir del exilio que se entronca con Quevedo y Unamuno y se presenta con el «extrañamiento» de quien porta un españolismo irreductible: «*El que no «quería» ser un exiliado y de tal manera hubo de rechazarlo que transformó esa negociación en su motivo principal de «vida postrera», en la raíz estrujada de su verbo-verso arquitectural*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 122).

«Antonio Espina, nada más y nada menos que una ejemplaridad» (ANDÚJAR, 1986, págs. 129-130) surge del envío que la viuda de Espina le hace Andújar de una edición, firmada con seudónimo, del libro *Larra*. Ello es suficiente para que el crítico reivindique la figura de Espina: «*Indispensable y acuciante rescatar la vital noticia del biógrafo impar, la concertada poética de un vanguardista de tanta enjundia tradicional y castiza, la ceñida*

⁹ El concepto de exilio interior es expuesto en un primer momento por Salabert en su novela *Exilio interior*, obra publicada por primera vez, y en francés debido a la censura, en 1961. Tal idea es desarrollada por Paul Ilie en su conocido ensayo *Literatura y exilio interior* (1981). Se basa en la existencia de un exilio interior en los escritores españoles que no salieron del país pero que tuvieron que enfrentarse con numerosos problemas derivados del totalitarismo franquista, el cual haría que su vida en España fuera similar a la de los exiliados en tanto que sufrieron la censura, la represión o la cárcel. Aunque el concepto ha gozado de gran aceptación crítica (Andújar lo cree válido), hay autores que lo rechazan porque no consideran que las circunstancias fueran similares o comparables.

y bella prosa de uno de nuestros máximos creadores de estilo» (ANDÚJAR, 1986, pág. 130).

«Amarga memoria de Ramón de Garciasol» (ANDÚJAR, 1986, págs. 147-159) rescata al poeta que se mantuvo en el exilio interior desde 1956 a 1977 sin hacer concesiones literarias ni ideológicas: «Entre la literatura testimonial que sobre esta aciaga época, la de la dictadura, aún vigente en determinados artilugios y mentalidades, se produjo a usanza marginal y alusiva, o hubo de reconocerse en humillantes callares, la Amarga memoria de la paz de España ventila una serie de imprecaciones, por lo poco común de orden ético, que reflejan atmósferas y emplazamientos y no rebabas de mostrencos sucesos. Algo más que un libro: la manifestación vital de quien capaz de jocundeces, anclado en limpios sueños de infancia [...], imbuido moralista y peregrino de trascendencias, obligado se vio a crisar los puños y a rechinar los dientes, a caminar, confinado el albedrío, el espíritu consustancial, por el bullicio y vanagloria matritenses» (ANDÚJAR, 1986, págs. 148-149).

«Soledades y compañías de Pedro Garfias» (ANDÚJAR, 1986, págs. 150-153) es el homenaje al «vanguardista transitivo», al revolucionario pertinaz que fue Garfias, y al exiliado, que supo exponer su dolor de España y ocupó un lugar propio en el colectivo mexicano.

«La dispar y absoluta singularidad de Ramón Gaya» (ANDÚJAR, 1986, págs. 154-158) se centra en la vertiente literaria del polifacético Gaya, artista que fue siempre uno de los componentes más activos del grupo mexicano de exiliados.

«Juan Gil-Albert: huella y proyección de dos exilios» (ANDÚJAR, 1986, págs. 159-162) es también reivindicación de quien es, a juicio del crítico, «una de las máximas figuras representativas» del periodo 1920-1984. Como miembro de la generación del 27 tiene que elegir entre el exilio interior que sufrieron Aleixandre, D. Alonso y Gerardo Diego o el destierro –opción de la mayoría– desde el que ejercieron una influencia clandestina y minoritaria por la censura a la que fueron sometidas sus obras en España. Pero es que Gil-Albert fue doblemente exiliado: en Hispanoamérica, de su país, y en Levante, aislado y obligado a mantenerse en silencio, viviendo un exilio interior que le impide todo reconocimiento.

En «Reivindicación de Gabriel Miró (1940)» (ANDÚJAR, 1986, págs. 208-209) es la maestría literaria, técnica, del escritor levantino –retirado en vida–, la que se alaba: «No es Gabriel Miró, como algunos aseveran a la mala de Dios, un purista del idioma. Contrario a la mera caza de mariposas, deliquio sumo de los deplorables aficionados, hostil al adocenamiento, más

o menos paliado, a que tan proclives se muestran los escribientes que ungidos se creen por los siglos de los siglos. La utilización de nuestro idioma le supone un problema constante de grave responsabilidad, ya que la justeza del estilo equivale a su rectitud. De grafía y mentalidad, de sustancia y transferencia. Desdeña Miró el prurito de trascender, si la trama no contiene estremecimiento y dibujo. Todo lo que no sea, belleza a través. Comunicación en profundidad...» (ANDÚJAR, 1986, pág. 209).

La clave de la reivindicación mironiana se basa en un escritor tan profundamente comprometido como Andújar en que la forma no aparece de forma meliflua o gratuita, sino en función de un contenido, actitud que podemos detectar en la visión de otros autores que, vinculados a las vanguardias y a la literatura deshumanizada, son rescatados por el crítico jiennense por lo que se puede desprender de ética y humanidad de su obra. No olvidemos que Manuel Andújar fue un escritor comprometido, pero un gran arquitecto del idioma, nunca contenido alguno fue excusa para que él descuidara su escritura narrativa, dramática o poética. Y es que desde el aislamiento y la incomprensión para el crítico Miró es un representante peculiar de un cierto exilio interior.

«1979: *Si acaso*, de Gabriel Miró» (ANDÚJAR, 1986, págs. 210-211) pone de manifiesto el aprecio de una obra más allá de los «*cansinos homenajes a Gabriel Miró, en el centenario de su nacimiento*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 210), una obra que constituye para M. Andújar una de las grandes aportaciones al estilo literario del idioma español del siglo XX, aunque no se le hubiera reconocido.

«Para Juan Rejano, propuesta de antologías» (ANDÚJAR, 1986, págs. 218-221) sirve para recordar el ambiente en el que vivieron los autores del 27 antes de la guerra en Málaga, en torno a *Litoral*, o en Madrid, en torno a la *Revista de Occidente*, la FUE y la Asociación Libre de Artistas. Rejano, que forma parte de ese ambiente, pronto ocupa un lugar propio entre los autores del exilio: «*Juan Rejano se distinguió –rasgo cardinal, al que siempre permaneció fiel– por conjugar, en su quehacer literario y en su conducta pública, social, netos valores de estilo, tesón creador, voluntad artística y discernires críticos con los imperativos de una doctrina que, a la sazón, se adhería a la excepcional resonancia de la revolución rusa, a sus reverberaciones de utopía en marcha, de mística asunción y románticos zumos. Tales virtudes, además de su sobria cordialidad, le conquistaron, en nuestros medios, prestigio, admiración y respeto, se compartieran o no, íntegra o sectorialmente, su filiación e inserciones*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 219). Además, a esto hay que unir la postura de equilibrio que mantuvo en México entre la literatura del

exilio y la literatura mexicana, militante siempre de la cultura no sólo con su propia creación poética, sino también con una colaboración incansable en *Romance*, *Ultramar* o *El Nacional* de México, en definitiva portavoz y ejecutor del diálogo siempre.

4.- LA GENERACIÓN DE LA GUERRA Y EL EXILIO

«Antoniorrobes en el recuerdo» (ANDÚJAR, 1986, págs. 63-65) es una evocación emocionada del amigo en el primer aniversario de su muerte (enero de 1984); el crítico se dirige a los niños y en consecuencia utiliza un lenguaje infantil, la alusión a los dos cuentos escritos por el amigo es inevitable, la valoración literaria se impone: «*máximo renovador y contribuyente de la moderna literatura infantil de habla castellana*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 64), pero también la ética y personal: «*Antoniorrobes fue un santo varón, rico en lecciones morales contra la discriminación de las razas, por el hondo entendimiento entre los humanos*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 65).

«Encuentro con Max Aub en *El laberinto mágico*: Desde levante, caras y caretas de Madrid» (ANDÚJAR, 1986, págs. 74-78) se escribe también tras la muerte del escritor. En este caso el crítico se centra en una obra de Aub, que elogia hasta la saciedad, *El laberinto mágico*. El paralelismo con obras y autores destacados se convierte en la estrategia crítica de valoración: los *Episodios Nacionales*, de Galdós, la serie yanqui de Upton Sinclair, la crónica de Jules Romains, la visión familiar y de época de Duhamel, la elegía de Thomas Mann, pero todo ello con la concreta formación que adquiere Max Aub en Valencia, tierra de origen, y Madrid, tierra de acogida, pasando por su exilio mexicano, donde ya había proyectado su obra.

«José Ramón Arana: I. 'Verdad e invención de Mosén Jacinto'. II. 'El rescate de la realidad sumergida'» (ANDÚJAR, 1986, págs. 66-73) es la recopilación de dos Prólogos escritos por Andújar para las dos obras de Arana que siempre va a elogiar: *El cura de Almunacied*, en el primer caso, y *Can Girona*, en el segundo; obras que fueron censuradas y por las que el crítico y amigo hizo todo lo posible para que vieran la luz. La relación de Andújar con Arana fue larga e intensa, a pesar de la inclinación más política que literaria del aragonés Andújar nunca rompió con él, ni siquiera cuando dejó la revista creada por ambos, *Las Españas*. En estos Prólogos se deja ver la amistad, y también la franca valoración literaria de unas obras que se aprecian casi como si fueran propias, aunque nunca deje

de señalarse su especificidad: visión de la guerra a través de un cura que vive en un pueblo aragonés y honda meditación aragonesa, desde el exilio mexicano. El crítico no puede dejar de apuntar los modelos, Antonio Machado y León Felipe, ni de elogiar al hombre.

«Francisco Ayala, esperanzado» (ANDÚJAR, 1986, págs. 79-80) es una síntesis de la actividad plural que desempeña Francisco Ayala desde época temprana y que le hace, a los ojos de Andújar, indefinible: escritor «integral», narrador hábil, vanguardista en los años treinta, exiliado en los cuarenta..., pero siempre único: «Temo que la claridad del discurso, la elegante dicción, el entonado componer, el bagaje de cultura y ejercicio intelectual de Francisco Ayala, hayan inducido, a no pocos ilustres críticos, a una serie de dictámenes muelles, sin advertir, lo que me permito juzgar obvio, que nos hallamos ante una de las obras más complejas de nuestras letras en este siglo» (ANDÚJAR, 1986, pág. 79).

En «La narrativa de Jorge Campos» (ANDÚJAR, 1986, págs. 90-97) comenta la producción cuentística del escritor que permaneció en el «exilio interior» y que, junto a su prolífica labor de crítico de la literatura española e hispanoamericana, ejerció su propia actividad literaria. Andújar reivindica esta faceta empezando por destacar el ambiente en el que tiene que vivir –la España de la posguerra– y el mérito que tuvo evitar el tremendismo imperante en la época para producir una obra literaria que se elogia cumplidamente: «Al reivindicarla, al pedir, en estas y otras manifestaciones relegadas, reincorporación cumplida a la fecundante pluralidad de nuestras letras, pretendemos rescatar una tónica de sobriedad léxica, un sólido trasfondo de asimilada información directa, argumentales registros sensitivos, la ponderosa gama de una identificación veraz con los prójimos de que tantos histrionismos y apañados fulgores nos han disociado. Porque la crudeza, como método fijo, socorrido, es una de las negaciones artísticas de la autenticidad» (ANDÚJAR, 1986, pág. 91).

«Rafael Dieste y la Escuela Popular de Sabiduría» (ANDÚJAR, 1986, págs. 102-104) es una rememoración, a la par que reivindicación, del autor gallego que Andújar inscribe en la machadiana Escuela Popular de Sabiduría. El crítico conocía a Dieste y su actividad literaria desde antes de la guerra, se habían encontrado en La Coruña y en Madrid y ya entonces había apreciado su quehacer literario y la libertad que le otorgara su bilingüismo: «Por sus cabales dotes y cabal discreción, Rafael Dieste se permite los arriesgados lujos de ser independiente, de ejercer el bilingüismo, de haber rehuido la adscripción beata a los grupúsculos de variado plumaje, de no residir en la capital de las Españas, en su acepción cortesana, que su médula y

acento de pueblo si le importan, de hacer compatible, calificada y sólida cultura con llano comportamiento en el mundo de cada día, de rechazar galas y fanfarrias y cobijarse en melodiosa y entrañable lírica, rimada la visión matemática y en trance siempre de armonizar aquilatados raciocinios y excelentes emociones» (ANDÚJAR, 1986, pág. 102). Extraño caso éste en el que el elogio se dirige a una sólida personalidad literaria que se erige en ejemplo ético e intelectual, pero más por su procedencia periférica y por la coherencia con que se vive este hecho que por sus vivencias procedentes de la guerra y el exilio, que Dieste también vivió.

En «María Enciso: el misterio de lo humano y lo humano del misterio» (ANDÚJAR, 1986, págs. 123-128) homenajea a la escritora almeriense muerta tempranamente, a los cuarenta y dos años, que había sido compañera de exilio (del que la muerte le impidió volver) y de añoranzas. Un recorrido por su obra, con el comentario de versos y pasajes significativos, se erige en la forma de alabar y reivindicar la labor literaria de la amiga.

«Las constancias de José Fernández Castro» (ANDÚJAR, 1986, págs. 133-136) destaca no sólo la obra de Fernández Castro *Balada de amor prohibido* (el tema de la guerra y sus consecuencias de nuevo al descubierto), que presenta Andújar en Granada, donde se publica, sino también las circunstancias propias del crítico que se confiesa: «*Supongo que al no ser yo un crítico facultado y en ejercicio, ni poseer credenciales académicas, ha determinado tan grata invitación mi origen andaluz y en mayor porción el haber estado adscrito—hasta 1967, año de mi regreso a España— a la literatura verificada en el destierro, lo que entronca con esta obra Balada del amor prohibido, que, incluso marginal, genera lo que Salabert bautizó como «el exilio interior» y que en su temática [...] recoge y transforma artísticamente, desde ángulo propio, la máxima experiencia y conmoción de los últimos siglos, quizá sólo comparable, en sus más crudos aspectos bélicos y en la repugnancia de las actitudes, a las medievalistas lides de moros y cristianos, a la siniestra contraposición de Conquista y Reconquista»* (ANDÚJAR, 1986, pág.134).

«El satírico brío surrealista de Eugenio F. Granell» (ANDÚJAR, 1986, págs. 175-176) se escribe a partir de una reedición española tardía de *La novela del Indio Tupinamba*, publicada por vez primera en México a finales de los años cincuenta. Esta lectura hace recordar a Andújar la Guerra Civil y sus consecuencias, rememoradas aquí con crudeza y aires surrealistas, de forma lograda a juicio del crítico.

«A Robert G. Mead Jr., sobre Luis Alberto Sánchez, América Latina y el exilio español del 39» (ANDÚJAR, 1986, págs. 230-234) se estructura

como una carta dirigida a Mr. Mead comentándole el homenaje tributado a Luis Alberto Sánchez, autor entre otras obras de *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, ocasión ésta oportuna para exponer unas puntualizaciones fundamentales sobre el exilio. Para Andújar se trata de un caso más en el que se manifiesta la necesidad de conocer la cultura americana y, puesto que el exilio republicano español recibió la influencia de Hispanoamérica, se permite retomar las cuestiones que más le interesaron siempre en relación al exilio: la íntima vinculación entre los distintos pueblos hispanos, el exilio como un proceso que empieza con el sentimiento de que la vuelta va ser inmediata, pero que tras la segunda Guerra Mundial cambia de signo hasta constituirse en un fenómeno a extinguir, el deseo de los que habiendo vuelto a España desean vivir en libertad y responsablemente. Y ante todo la necesidad de que pasado el tiempo se desentrañe la verdad del exilio: «*También urge que allí en el Nuevo Mundo, mundo a trechos reino del misterio, se rectifiquen las tergiversaciones que en añejos rencores abrevan y que rechazan la misma condición del mestizaje*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 233).

«Ramón J. Sender y el nuevo Zócalo de México» (ANDÚJAR, *ibidem*, págs. 235-237) destaca la habilidad del novelista para registrar «*la sugestiva y eficaz concordancia del escenario, de los personajes y de la Época elegidos*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 236). Por eso se le relaciona con el recinto del Zócalo mexicano que, tras unas excavaciones, se hizo visible a finales de los años setenta. El objetivo del crítico es llamar la atención sobre la aportación a la narrativa española realizada por Sender, si bien reconoce que antes del exilio Sender ya tenía un público importante en España y desde la década de los sesenta sus libros volvieron a circular por el país. Correcta y artística aprehensión del pasado le hacen digno de todo elogio: «*...la facultad senderiana de componer la obra importante y significativa en los diversos tramos de nuestro pasado candente, con artística modulación perdurable.// Aparte del juego literario y extraliterario de las «simpatías y diferencias», la aportación de Sender a nuestra novelística resulta de primerísimo orden y no está subordinada a los vaivenes de las modas.// A trechos con gesto agrio y palabra judicial, en otras predomina su hondo vibrar de lirismo y púdica ternura. A Sender lo instituyen su palabra abundosa y su peculiar humanismo, reñido siempre con la blandenguería*» (ANDÚJAR, 1986, págs. 237).

«Gabriel Trillas, periodista y escritor, madrileño y catalán» (ANDÚJAR, 1986, págs. 241-247) es quizás el ejemplo más claro de retrato que se ofrece en *Signos de admiración*. Es homenaje en forma dialogada al polifacético hombre muerto, al compañero, al viajero incansable de identidad universal.

«Una aproximación personal a la obra de María Zambrano» (ANDÚJAR, 1986, págs. 255-258) muestra la admiración global que, ante la complejidad del pensamiento de la autora, sólo puede valorar «Andrés Nerja». Amiga de poetas, pensadora, escritora ella misma transida de un hondo lirismo, se destaca su formación popular y europea y su papel mediador en el exilio: *«Edificante parece –Andrés Nerja interrumpe la cita– que María Zambrano encarne un nexo de fecundas y modélicas comprensiones que aúnan al hontanar orteguiano y las espirituales contigüidades de los que fundaron y realizaron –quizá se convirtió en su desinteresada heredad– la memorable revista Hora de España, que en la diáspora e incluso a través de los retornos –Dieste a evocar, Juan Gil-Albert, Gaya, peculiar la connotación de Rosa Chacel– ha ejercido un notable magisterio, al que las «circunstancias», amén la pereza mental y moral, orillan a minoritario influjo»* (ANDÚJAR, 1986, pág. 256).

5.- NUEVAS GENERACIONES

Manuel Andújar, aunque desde los inicios de su actividad intelectual tuviera muy claras las coordenadas que iban a marcar toda su vida, nunca se mantuvo al margen de los cambios e innovaciones que con el paso del tiempo iban marcando la literatura y el mundo. Prueba de ello es que se ocupó de dar cuenta de jóvenes autores que, a su juicio, constituían una promesa de futuro en un sentido u otro. Hay que aclarar que estos autores no siempre son jóvenes, a veces lo que destaca es el desconocimiento o no valoración de su obra. Por la edad, algunos podrían ser incluidos en el apartado de la generación de la guerra y el exilio, pero el nuevo tono que desprende su obra habla ya de otra época y otra literatura.

«Demonios y ángeles, cucarachas, mariposas y ratas se disputan el alma quijotesca de Antonio Beneyto» (ANDÚJAR, 1986, págs. 85-89) es una reseña de toda la trayectoria literaria de Beneyto, aunque el crítico se centra en *El subordinado*, su obra última, para, una vez que ha aclarado la no vinculación del escritor al tremendismo de posguerra, destacar sus cualidades: *«El puntiagudo escribir de Beneyto se trasvasa a la rápida coloración de esas pinturas y a los estilizados y mordientes rasgos de sus dibujos. Ello determina su presteza y destreza para ofrecernos –pirotecnia, acrobacia– una cosmovisión giratoria... Alguien afirmaría, sin riesgo de grave yerro, que Beneyto usa estiletes y punzones en vez de plumas y pinceles. Además, aseguran, carga su bolígrafo patentado con tintas ácidas, en cuya composición subyacen (¡bioquímica, señores!) robinsonianos grumos de la más pudorosa y arisca piedad»* (ANDÚJAR, 1986, pág. 85).

«*Credo de libertad y otras presencias, de Miguel Fernández*» (ANDÚJAR, 1986, págs. 131-132) es, además de una reseña del libro que se cita en el título todo un elogio y reivindicación del poeta melillense que, alejado de los centros culturales, se define como gran poeta: «*Pero este grave condicionamiento, existencial y espacial, no es causa única de las notas de clasicismo bruñido y de colindante paganía mediterránea que a lo africano se adhiere para distinguir una creación poética de vasto empeño y tenaz laboreo, la de Miguel Fernández. La razón hemos de atribuirle también, concorde, al temperamento sobrio y un tanto ensimismado del escritor, a su mesurado sentir y a su perspectiva de terrenas trascendencias*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 131).

«Antonio Ferres: *Mil canarios moviéndose*» (ANDÚJAR, 1986, págs. 137-138) destaca la interesante y curiosa figura de Ferres, que pasa la niñez en el Madrid de la posguerra, se traslada posteriormente a México, vive un periodo dedicado a la docencia en el Oeste de Estados Unidos y vuelve de nuevo a España, en donde se dedica definitivamente a las letras a partir de 1977.

«Relativo al donostierra Jorge González Aranguren» (ANDÚJAR, 1986, págs. 163-165) se dedica a las artes (fotografía, cine...), en cuyo ámbito llega a Andújar el libro *Itinerario ocioso* de Aranguren, cuya relación con la pintura se destaca: «*Efecto o causa, o rotación simbólica, las imágenes planteaban entero desafío a Jorge González Aranguren: tratarlas en su no toda autonomía, atribuirse el papel de abnegado glosador o asumirlas en razón unitaria de atmósfera, a base de correctivas disonancias, de un fraseado monólogo poético, politonal*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 164).

«Rafael Soler: un juego de espejos» (ANDÚJAR, 1986, págs. 238-240) ofrece una amplia nómina de nuevos valores de la narrativa española a la altura de mayo de 1979, que es cuando Andújar lee este texto en la entrega del Premio de la Bienal de Ámbito Literario de Barcelona a *El grito* de Soler. Como en casi todas sus intervenciones públicas, el autor jiennense manifiesta su falta de cualificación profesional como crítico: «*Exento de aparato, ejercicio y credenciales críticas, me limitaré a exponer, a proponer, una vivaz impresión de «compañero en letras», en el mismo género de Rafael Soler. [...] // En El grito, de Rafael Soler, empieza a culminar una trayectoria, firme y apasionada, en que se aúnan vocación, amor y sabor del lenguaje, capacidad perceptiva, don traslaticio, empeñoso remodelado de los humanos impulsos y deliquios*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 239).

En «El ángel, la guitarra y José María Villalonga se han comprometido» (ANDÚJAR, 1986, págs. 248-249) reseña una obra curiosa de Villalonga, *El Ángel de la Guitarra*, donde dos mujeres, únicos personajes, dia-

logan o monologan. La importancia de las acotaciones («literaria-textual» y «estético-indicativa»), que Andújar enlaza con las de Valle-Inclán, nos recuerda que tienen en sus propias obras teatrales (ver Pulido Tirado, 1998). Aquí el crítico, como en otras ocasiones, al definir la obra de otro se define a sí mismo.

B. LITERATURA HISPANOAMERICANA

Aunque centrado en las instituciones republicanas del exilio, pendiente siempre de España en la distancia y el recuerdo y con la vuelta siempre en mente, Manuel Andújar no fue indiferente a la literatura y la cultura hispanoamericanas y muy en concreto a las mexicanas. La atención a distintos escritores y obras dan muestra del aprecio que siente hacia lo hispanoamericano en tanto que prolongación y complemento de lo español.

«*Episodios Americanos*, a través de Demetrio Aguilera-Malta» (ANDÚJAR, 1986, págs. 21-36) es la reseña crítica, en forma de carta dirigida al autor ecuatoriano, de una de las obras hacia las que Manuel Andújar muestra mayor admiración y aprecio. El crítico habla de todas las obras de Aguilera-Malta en tono elogioso, en todas ellas se destaca un mérito que siempre guarda un gran interés para el crítico: «novelar la Historia de América, del Descubrimiento y Conquista a la Independencia y sus secuelas, en sus etapas y eventos cruciales» (ANDÚJAR, 1986, pág. 23). Con deleite y detenimiento se extiende Andújar por la producción del escritor ecuatoriano del que da una visión subjetiva más que crítica; destaca, pues, la pasión más que el oficio crítico.

«Rosario Castellanos: la palabra justa, existente» (ANDÚJAR, 1986, págs. 98-101) es otra semblanza marcada por la admiración. Rosario Castellanos es comparada con Sor Juana Inés de la Cruz, ambas representantes de la condición femenina y ejes importantes de la cultura mexicana. La obra se entremezcla con los recuerdos, y la evocación y el retrato hacen acto de presencia: «*Ella representa, en mi recuerdo inmediato, la palabra justa (equidad y precisión), existente, ya sea hablada o impresa. Y no logro disociar sendas páginas, estremecedoras o dramáticas de un rostro animado y sereno, del fijo brillo de unos ojos, de la sonrisa rápida y de la cavada curva frontal que en determinados momentos la distinguían*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 99).

«La vital y fascinante aventura de *El sol vencido* de Renán Flores Jaramillo» (ANDÚJAR, 1986, págs. 139-141) destaca una obra que se

compara con los *Episodios Americanos* de Aguilera-Malta y el *Cambio de piel* de Carlos Fuentes, y se dedica a una temática querida: el mestizaje hispanoamericano.

En «José María Francés, soñador contumaz» (ANDÚJAR, 1986, pág. 142) se reseña fugazmente *La cabeza del rey* en tanto que obra que engarza con la leyenda, la fábula y el cuento, hecho que para Andújar es un logro (signo de autenticidad) frente a la sociedad moderna marcada por la velocidad, el éxito, la codicia, la explotación o la vanagloria.

«Martín Luis Guzmán, el novelista mexicano de la revolución y el poder» (ANDÚJAR, 1986, págs. 177-180) es un homenaje a un hombre que muere con noventa años en su oficina del semanario *Tiempo* trabajando. Ejemplo de diálogo con los exiliados y de apoyo para todos ellos, Andújar traza una biografía breve como homenaje al trabajador y al hombre.

En «Octavio Paz y nuestros candentes mestizajes» (ANDÚJAR, 1986, págs. 212-217) se homenajea al entrañable escritor mejicano que tempranamente contacta con la cultura española a través del Congreso de los Escritores que se celebró en Valencia durante la guerra. Desde entonces el tema español es una constante en la obra de Paz, y Andújar selecciona fragmentos significativos. Siendo así, el apoyo y el intercambio del mexicano universal con los exiliados fue una constante. Como trasfondo el mestizaje siempre para Andújar: «*El curso de mestizaje espiritual que Octavio Paz explana, se completa, reviste pulsación contemplativa, exalta su doctrina de erotismo, en el acercamiento que con Oriente establece y que tanto se distingue de la acepción por Hermann Hesse sustentada, examen que sería bien aleccionador, al igual que el de sus semejanzas y diferencias con Ortega y Gasset. Y la criba de las polémicas cuestiones de las actitudes elitistas y de los entronques populares, del afán o declinación de la trascendencia...*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 216).

En «Olvido y evocación de Alfonso Reyes» (ANDÚJAR, 1986, págs. 222-223) Andújar traza una elogiosa y breve biografía de Alfonso Reyes, del que lamenta su falta de reconocimiento y la gran labor desempeñada en Hispanoamérica y con los españoles.

La vida y obra de Agustín Yáñez se nos presentan en «Las confluencias generacionales de Agustín Yáñez» (ANDÚJAR, 1986, págs. 250-254), mexicano que: «*representa –obra, edad y coyuntura– un centro medular de confluencias generacionales que se nutren de modo directo, traslaticio o ambiguo, gracias a la asimilación o a la denuncia, del movimiento revolucionario de 1910, modelador inicial de una nacionalidad iberoamericana*» (ANDÚJAR, 1986, pág. 250).

C. LITERATURA EXTRANJERA

La literatura extranjera no es objeto preferente de atención crítica por parte de Andújar, quien, a pesar de todo, nos ofrece tres textos muy ilustrativos de sus personales inquietudes.

En «Alma en pena y esperanza de Máximo Gorki» (ANDÚJAR, 1986, págs. 166-174) Manuel Andújar demuestra haber leído con detenimiento y entusiasmo la literatura de Gorki, lo que le permite poner de manifiesto su conocimiento de la literatura rusa, pero sobre todo de la relación existente entre literatura y política a raíz de un acontecimiento tan importante como la Revolución del 17. Junto a la fe decimonónica en el progreso ilimitado, se destaca la aparición de una nueva narrativa con la revolución en la que se dejan entrever nuevos temas, nuevos personajes y nuevos valores como el trabajo. La literatura de Gorki de los años veinte presenta obreros y campesinos liberados en una nueva era y utilizando una forma cuidada de la que el crítico destaca, entre otras cosas, la gozosa descripción del paisaje que pone de manifiesto una sensibilidad ante la naturaleza que Andújar no considera incompatible con un concreto tipo de compromiso o cuanto menos de testimonio: «Se trata de un romántico, sin pretensión enfadosa de clasicismo o de académicas ínfulas, que recita vívidamente toda una legítima insurgencia social, y lo hace con el claro registro de emociones de quien ha reconocido, por los caminos vecinales y los oficios subalternos, jornaleros, peregrinos, el dolor y la esperanza de sus prójimos» (ANDÚJAR, 1986, pág. 168). Ajeno a los dogmas estalinistas y a las modas pasajeras fue un optimista que creyó en un futuro mejor, aunque después la realidad fuera otra, y que supo entender que: *«la narrativa –más aún, obvio es, que a la poesía– está unida por soslayamiento o participación a la comunidad de que nace y a la que –también por elusión– se dirige»* (ANDÚJAR, 1986, pág. 172).

«Oriente y Occidente en Hermann Hesse» (ANDÚJAR, 1986, págs. 181-188) es un artículo que se sitúa en las mismas coordenadas, aunque en este caso Hesse se presenta como escritor característico de la posguerra de la primera Guerra Mundial. De nuevo literatura y sociedad, literatura y vida unidas en una misma línea: *«A fin de cuentas, o de «cuentas de abalorios», la obra literaria, tanto en su génesis como en sus proyecciones, entraña un fenómeno de conciencia. La expresión verdadera, misteriosa, más allá siempre de fórmulas, modas y preceptos, refleja con natural abigarramiento la reacción íntima, orgánica, del hombre ante su mundo, único espejo de la riada eterna donde las imágenes se marcan y enmarcan, y las sombras desprenden radiante hechizo. Incluso los que abominan del presente, por esta causa o aque-*

lla sinrazón, y cifran su material nutricio en las formas aéreas e intangibles, en las esencias diamantinas, inmaculadas de contingencias, señalan en las venas oscuras de su negación –tan heroica, hermosa y patética a veces– un perfil rotundo de esa temporalidad crujiente e ingrata» (ANDÚJAR, 1986, pág. 181).

El crítico anota la aparición en las postrimerías de 1918 de una literatura marcada por una protesta que sólo puede hallar pleno sentido situándola en una posguerra marcada por la caída de ideas y el descrédito de las instituciones sociales. Ante tal realidad únicamente cabían dos reacciones: una, la antibélica, de rechazo a la explotación y la injusticia, la de aquellos que se sumergen y se diluyen en las masas, y, otra, la de quienes vencidos por la fatiga y el desencanto condenan sistemáticamente el pasado y apuestan por una literatura hermética y exquisita, que es una manifestación sublimada de la fuga.

Ante la pérdida total de esperanzas del occidental, Hesse, presa él mismo de una crisis literaria, se sumerge en el mundo oriental donde encuentra la ilusión y la espiritualidad que necesitaba. Es, Hesse, por tanto, un exponente del mestizaje entre la cultural oriental y occidental, ambas presentes en la obra del autor alemán: «Estos rasgos distintivos de Hesse –reptante sirena de Oriente, desprecio de la autoridad, crudo y brutal trasfondo del amor– no nos proporcionan exacto trasunto de su individualidad, que se manifestó sin trabas a partir de 1918. Faltan en el bosquejo los elementos «cultos», la virtual y virtuosa decantación estética» (ANDÚJAR, 1986, pág. 186).

En «Reincidencia de España en Europa, según Hinthäuser» (ANDÚJAR, 1986, págs. 189-191) Andújar reseña el libro de Hinterhäuser *España y Europa: opiniones sobre su relación desde la Ilustración hasta el presente* (Munich, 1979), tema que a juicio del crítico se aborda oportunamente porque lo que le interesa al autor jiennense es poner de manifiesto la tardía incorporación de España a Europa occidental, incorporación que, en su opinión, debía producirse, más allá de las ilusiones desmesuradas, con la conciencia clara de lo que se podía aportar. De ahí que las relaciones contradictorias y difíciles que somete a revisión Hinterhäuser sean de su agrado en tanto que responden a una realidad histórica difícil y desigual.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLÁN, J. L. (coord.) (1976-1978): *El exilio español de 1939*. Madrid, Taurus, 6 vols.
- ANDÚJAR, M. (1945): *Cristal Herido*. Prólogo de José Ramón Arana y nota crítica de Benjamín Jarnés. México, Isla; Barcelona, Anthropos, 1985. Prólogo de José Ramón Arana.
- (1949): *La literatura catalana del destierro*. México, Costa-Amic [Conferencia leída en el Ateneo Español de México el 04/11/1949].
- (1966): *Cartas son cartas*. México, Finisterre, 1968.
- (1975a): «En torno a la crítica literaria, marginal e informalmente». *El Urogallo*, 33, 39-42.
- (1975b): «Narrativa del exilio español y literatura latinoamericana: recuerdos y textos». *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 295, págs. 63-86.
- (1976): «Las revistas culturales y literarias del exilio en Hispanoamérica». Vol. III de la obra coordinada por J.L. Abellán (coord.), *El exilio español de 1939*. Madrid, Taurus, 1976, vol. III, págs. 21-92.
- (1981a): *Grandes escritores aragoneses de la narrativa española del siglo XX*. Zaragoza, Ediciones de Heraldo de Aragón.
- (1981b): *Andalucía. Mestizaje, españolismo y universalidad*. Madrid, Publicaciones del Instituto Cultural Andaluz.
- (1982): *Andalucía e Hispanoamérica: crisol de mestizajes*. Sevilla, EDISUR.
- (1984): «Memorias españolas». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 412, 63-100.
- (1986): *Signos de admiración*. Jaén, Diputación Provincial de Cultura. Prólogo de Santos Sanz Villanueva; Epílogo de Manuel Andújar.
- (1989): «Exilio y transtierro». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 473-74, nov.-dic., 177-189.
- GULLÓN, G. (1977): «El ensayo y la crítica». En Abellán (coord.), tomo IV, pp. 247-286.
- ILIE, P. (1981): *Literatura y exilio interior (Escritores y sociedad en la España franquista)*. Madrid, Fundamentos.
- LEJEUNE, P. (1973): «El pacto autobiográfico». En *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid, Megazul-Endymión, 1994, 49-88.
- MANENT, A. (1998): «Estado de la cuestión: el exilio literario catalán». En AZNAR SOLER, M. (ed.): *El exilio literario español en 1939*. Barcelona, GEXEL-Cop. D'Idees, 605-612.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1925): *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética*. Madrid, Revista de Occidente-Alianza Editorial, 1986.

- PIÑA-ROSALES, G. (1988): *La narrativa breve de Manuel Andújar*. Valencia, Albatros.
- PRADO BIEZMA, J. Del, BRAVO CASTILLO, J. y PICAZO, M. D. (1994): *Autobiografía y modernidad literaria*. Murcia, Universidad de Castilla-La Mancha.
- PULIDO TIRADO, G. (1998): «Teoría y práctica teatral en Manuel Andújar», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 168, enero/junio, 7-26.
- (2000-2001): «La crítica literaria militante frente a la crítica literaria académica: Hacia el cuestionamiento de la actividad crítica y la redefinición de sus funciones», *Imprévue* (Éditions du CERS, Montpellier), 2, 247-281.
- (2005): *Compromiso histórico y teoría cultural en Manuel Andújar. Estudio y antología*. Córdoba: Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de Andalucía (FUDEPA).
- SALABERT, M. (1961): *Lexil intérieur*. Paris, Les Lettres Nouvelles; Edición española *El exilio interior*. Barcelona: Anthropos, Colección «Memoria rota. Exilios y Heterodoxias», 1988. Introducción de Miguel Salabert.
- SANZ VILLANUEVA, S. (1986): «Prólogo» a M. ANDÚJAR (1986).
- Sinaia*. *Diario de la Primera Expedición de Republicanos Españoles a México* (1939). 1ª ed. en español, facsímil. Madrid, Instituto Mejicano de Cooperación Internacional-F.C.E.-Universidad de Alcalá, 1999 (1ª ed. en la UNAM de Méjico en 1989).
- VALENDER, J. y ROJO LEYVA, G. (1999): *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1943-1963)*. México, El Colegio de México.
- VV. AA. (1991): *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Anthropos 29, diciembre de 1991, coordinado por Ángel G. Loureiro.